

## ***LAS TARDES EN LA ERA.***

***Pseudónimo: Dexter.***

***Autor: José Adolfo Estepa Blanco***

***1er Premio***

Ha comenzado a oscurecer y un solano otoñal agita las ramas altas de los eucaliptos que crecen en el linde mismo de la cantera. Cerca, en una era rodeada de simas encharcadas y veredas, tiene lugar el encuentro. Las carteras de escay se hacinan junto a los pocos que, ateridos por el frío, esperamos impacientes la hora incierta en que algún jugador tenga que marcharse apremiado por la voz lejana de un hermano, por el reclamo de una madre invisible que grita un nombre desde el límite en que la calle se encuentra con el camino de tierra que discurre en paralelo a la verja de la escuela. A veces el capitán, en un arrebató de ira, sustituye a un jugador desacertado y entonces, todos en pie, nos ofrecemos para abandonar por unos minutos la suplencia. Otras veces, cuando ya el partido está decidido, el capitán da descanso a los mejores y el juego deriva en trapisonda, en una escaramuza errática de punterazos y carreras inútiles tras la esfera apenas discernible del balón, confundido entre las sombras azules que avanzan, como humo espeso, sobre el campo. El fútbol acaba con la tarde y yo me apresuro a recoger la cartera que me ha servido de cojín improvisado y camino hacia la luz mortecina de las primeras casas, pensando distraídamente en vaguedades, lamentando en silencio mi suerte porque, un día más, no he jugado. Volvemos atravesando las Casas Baratas hasta llegar a la ermita, donde un grupo de muchachos, fumando furtivamente en torno a los bancos de piedra, nos intimidan con sus voces y silbidos, y reanudan su cháchara después de que una risotada coral reverbere en la explanada. Para entonces ya son muchos los niños que se han desviado por las calles aledañas, pero mi amigo y yo enfilamos el carril caminando con desgana, entreteniéndolo el paso, dejando, cada pocos metros, la cartera sobre el piso irregular del pavimento, persiguiendo octavillas que el viento arremolina caprichosamente o agachándonos para ensayar una tirada de canicas que rebotarán, con un tintineo vítreo, hasta perderse bajo el chasis de algún coche estacionado.

Reanudamos la marcha animados por la cercanía del kiosco que, como un centinela obstinado, yergue su figura de chapa en el leve recodo de la calle. Su luz amarilla proyecta en el suelo un polígono de claridad turbia e ilumina el semblante del cliente que mira a través de la ventanilla aguardando su resguardo timbrado de quiniela. Se marcha y, ya bajo la visera, contemplamos los objetos exhibidos tras el cristal: los tebeos, suspendidos de pinzas y cordeles, en los que guerreros antiguos adoptan poses desafiantes o se baten en un duelo de sables o se descuelgan, con profusión de onomatopeyas, desde el cabo de la gavia de un velero; allí están los sobres con estampitas de la liga, los recortables, los cromos, las canicas...las mil golosinas de goma azucarada, las pipas sempiternas. Faltan todavía los altramuces y los polos de hielo edulcorado que cada temporada anuncian la llegada del verano y añaden al kiosco el apéndice de la nevera. Trasladamos la mirada de un punto a otro del pequeño escaparate al tiempo que registramos, en vano, los bolsillos en busca de una moneda inexistente y planificamos compras que siempre demoramos hasta la ocasión de un cumpleaños.

No nos ha llegado aún la edad de los petardos, pero ya observamos, desconcertados y envidiosos, la diligencia con que los mayores prenden las mechas y se alejan antes de la detonación. Encajan el extremo del cartucho en las erosiones del llagado de la fuente y corren hasta la grada del estanco en un ir y venir ruidoso recriminado a menudo por los vecinos. Después todo queda en silencio y el ligero olor a pólvora se disipa como las voces de los zagales que corren calle abajo.

Nosotros bajamos con lentitud, caminando la longitud horizontal de cada grada, saltando al final y recorriendo el trecho hasta llegar a la siguiente. A veces, tras la puerta entornada de una casa escuchamos canciones de la radio, fragmentos ininteligibles de un diálogo pausado o carraspeos que anticipan un acceso súbito de tos. Sorteamos los braseros de picón humeante que las mujeres prenden con astillas menudas y cartones, y tamborileamos sobre los precarios parapetos fabricados con retales de lata, plástico o madera, para proteger del temporal las rendijas del bajo de las puertas. Las fachadas, encaladas con primor en primavera, muestran ya signos manifiestos de humedad, y los pequeños desconchones, expuestos a las pisadas de los moradores, terminan molidos en un polvillo fino que

cada mañana, muy temprano, barre, contrariada, la mujer. Luego, en la puerta de una casa abandonada, dibujamos con tiza la silueta imprecisa de un escudo y rubricamos cándidamente nuestro nombre con los trazos afectados que, días después, desvanecerá la lluvia dejando en la madera un reguero blanquecino.

Un perro se detiene a unos metros de distancia. Su naturaleza, más que predisponerlo contra nosotros, parece prevenirlo ante la eventualidad de una agresión. Nos mira desconfiado mientras caracolea de un lado a otro de la calle, calculando el grado de la amenaza o la severidad del daño, sospechando de las turbias intenciones de los niños después, quizá, de haber sufrido la crueldad con que se emplean, gratuitamente, en brotes espontáneos de violencia. Tras unos segundos se atreve a pasar dócilmente ante nosotros y de repente nos parece mermado su tamaño. Se adelanta con una carrera vacilante, rozando con su pelo canela las fachadas, girando de poco en poco la cabeza, hasta alcanzar una distancia prudencial, y entonces sus pasos se vuelven decididos y un trotecillo alegre lo aleja hasta desaparecer, merodeando, por el codo suave que describe la calle a la altura del cuartel.

Poco después saltamos la última grada y el estrépito de una cartera contra el suelo alerta al guardia que fuma distraídamente en la puerta, bajo la bandera. El hombre se gira y avanza unos pasos hasta plantarse en el centro mismo de la calle y, con un gesto marcial y mil veces ensayado, separa las piernas y recoge sus brazos a la espalda, vigilante. Nosotros, fingiendo un interés inusitado, sacudimos el polvo a la cartera, queriendo ganar tiempo para improvisar una disculpa convincente que pueda atenuar la gravedad flagrante del descuido, pero la debilidad de nuestros argumentos y un inequívoco sentimiento de culpa aconsejan guardar silencio y rendirnos, inermes, a la evidencia y a las pesquisas de la autoridad. Suenan unos timbrazos y el guardia abandona su posición al tiempo que, con un gesto desencajado y sin mediar palabra, iniciamos una carrera ruidosa calle abajo. El hombre sostiene junto a su oído el auricular negro de un teléfono que, visto de soslayo, nos parece una prolongación aparatosa del tricorno. Alarmado por el alboroto, otro guardia avanza desde el fondo del corredor donde hiede a humedad y persiste un tenue olor a estiércol de caballo.

Por fin a salvo, descansamos, jadeantes, en un alféizar del comercio, y al episodio de la cartera se suma el contratiempo de las manchas del pantalón, cuando, sin advertirlo, nos sentamos sobre la grasa que escurre por los rieles de la persiana metálica del escaparate. Sobre el mostrador, el dependiente despliega una y otra vez el género, y la clienta, indecisa, palpa el paño, niega con la cabeza y señala nuevamente con el índice un punto impreciso del estante. El hombre, que parece perder por un momento la paciencia, se recobra y, sin disimular un gesto de resignación y de fastidio, recupera finalmente otro cilindro de tela estampada que extiende y alisa sobre el mostrador con ayuda de un listón de madera pulida.

A la altura de la botica nos cruzamos con mujeres que, asidas por el brazo, conversan animadamente tras el lapso de silencio de la misa. Una anciana se trastabilla con las chinas del empedrado y la exclamación general de ayes interrumpe momentáneamente el charloteo. Se forma un corro en torno a la dama genuflexa y en unos instantes, prendida por los brazos y las axilas, es aupada hasta recuperar el resuello y la verticalidad. Se disuelve el grupo y todas, palmeándola en la espalda, animan a la mujer que, desorientada, agradece el gesto con un movimiento trémulo de la mano derecha, como si estuviera bendiciendo. Después, continúa quejumbrosa su camino, calle arriba, con una media negra desmayada en el tobillo. Al pasar nos saluda vagamente y advierte que el aroma dulzón de la colonia apenas disimula el efluvio a naftalina de su abrigo...

*Las cosas tenían para nosotros esa propiedad evanescente y fútil que impedía ponderarlas con la gravedad que le atribuían los adultos y el mundo se nos revelaba como una región de colosales dimensiones no devastada aún por la convención de las rutinas, ni constreñida por la angustiada conciencia de los márgenes. Nuestra vida se resolvía en un registro infinito de momentos congelados, disociados e independientes, en la sucesión arbitraria, y más bien confusa, donde el orden de los acontecimientos carece por completo de valor, como si los hitos de nuestra existencia se diluyeran en una materia densa, primordial y caótica, ajena al rigor lineal y mecánico del tiempo. Quizá esas fueran las razones por las que aquella tarde nos embargó, muy a pesar nuestro y como en tantas otras*

*ocasiones, una vaga sensación de vértigo y clandestinidad, como si realmente la noche nos hubiera sorprendido en algún lugar remoto del que no pudiésemos retornar antes de que los padres, alarmados, advirtieran nuestra ausencia.*

...Nos despedimos en la puerta de mi casa y, mientras mi amigo cruza solitario por la plaza hasta perderse por la calle Fugitivos, tengo tiempo de alisarme el pelo de la frente e inventar una historia truculenta que desvíe la atención de mis mayores de la realidad incontestable del retraso. Examino, concienzudo, un argumento que me exima del reproche y la censura, lo exagero con apariencias dramáticas y, para su mayor primor y adorno, lo ilustro con coincidencias atrevidas... y así, con el bagaje del embuste, me adentro en la boca oscura del zaguán convencido del efecto verosímil de la excusa. Avanzo, resuelto, hacia el salón, armado del valor que sólo asiste a quien atesora una verdad incontrovertible, hasta que, a unos pasos del umbral, me detienen las voces de una conversación desenfadada y descubro, con alivio, la presencia providencial de una visita. Saludo tímidamente al auditorio. Mi padre mira alternativamente su reloj de pulsera y el de cuco y, antes que pueda formular una reprobación, lo interpelan y retoma la charla distraído. Entonces huyo a la cocina y me obstruyo la boca con galletas.

Suenan las diez como una sentencia inapelable y el eco metálico de las campanas queda suspendido, como congelado por el viento frío de la noche. En mi cuarto me apresuro a colocar las piezas de ajedrez sobre el tablero y a cerrar sobre la mesa el libro abandonado de sociales. En el salón se perpetúa la visita, pero el rumor impertinente de las voces no extingue el familiar sonido de los pasos de mi madre que, obsequiosa, viene a adjudicarnos los últimos besos del día. Luego, ya embozado en la cobija, mientras me gana el sueño y murmuro una oración precipitada, barrunto tardes memorables de puntapiés heroicos en la era.